

**ALFONSO LOBO AMAYA**

Premio Nacional de Literatura Infantil



**CANTARIN**  
**El arroyo feliz**  
**(Cuento)**

Santafé de Bogotá, D. C., 1997

Esta publicación se realiza  
con el apoyo económico  
del Fondo Nacional de Calamidades,  
PNUD y DHA-UNDRO

Anuar Yaver Cortés  
Director

Miladys Salazar Dávila  
División de Educación e Información Pública

Dirección técnica  
Instituto de Hidrología,  
Meteorología y Estudios Ambientales

Colaboración de: Cruz Roja - SENA  
Defensa Civil - Programa de las Naciones Unidas  
para el Desarrollo -PNUD-

Coordinación editorial:  
Dirección Nacional para la Prevención y Atención  
de Desastres -DNPAD-  
Comisión de Programas Masivos  
Calle 26 No 13-19 Piso 26  
Tels. 2834966 Fax: 2860485  
Santafé de Bogotá D.C

Diseño:  
Nidia del Carmen Alba

Ilustraciones:  
Carlos Fuentes

Preparación Editorial e Impresión:  
Servigraphic Ltda.

Primera edición  
Enero de 1997

Nota: Se permite la reproducción del contenido  
de esta publicación siempre que se dé crédito  
a la Dirección Nacional para la Prevención  
y Atención de Desastres -DNPAD-  
*Distribución gratuita*

## **DEDICATORIA**

*Con sentimiento de sincera gratitud, al doctor Anuar Yaver Cortés, Director del Sistema Nacional para la Prevención y Atención de Desastres, por este maravilloso programa de cuentos infantiles para que los niños colombianos, a través de ellos, desarrollen amor por la naturaleza, e incorporen a sus vidas las normas sobre prevención de desastres naturales.*

**Alfonso Lobo Amaya**

**C**antarín, el arroyo, correteaba por entre las nubes en su forma gaseosa cuando sintió que un aire frío se metía hasta en su médula. Para entrar en calor se desplazó veloz, pero de pronto tropezó con una maravillosa escalera de sol que parecía un tobogán sin fin. Se paró al borde de ella y ¡zuas! se tiró en picada. Descendió como jabón por entre un tubo.

¡Yupiiiiiii...!, gritaba dichoso a medida que resbalaba. La distancia de la tierra a las nubes la atravesó en varios minutos de vértigo y ¡plas!, aterrizó en la cima de una enorme montaña. No tuvo tiempo de ponerse de pie, pues la fuerza de la gravedad lo jaló de un tirón. Cantarín rodó de la montaña cual bola de nieve por la falda de un nevado.

—¡Despierten, chiquillas!... ¡A trabajar!... ¡Vamos, perezosas!... ¡Despierten!

Cantarín hablaba así a las gotas de rocío que a esa hora de la mañana dormían tranquilas entre los musgos, los quiches, las hojas de los arbustos y en las ramas de los árboles.

Ante tamaño escándalo, las gotas estiraron sus brazos de agua y bostezaron largamente para espantar la pereza, pero Cantarín pasó como un bólido arrastrándolas a su paso.



Fortalecido por los millones de gotas de rocío que se habían adherido a su cuerpo, Cantarín llegó al pie de la montaña desde donde se apreciaba una fértil extensión de tierra. Era una hermosa cuenca hidrográfica repleta de animales silvestres, bosques, vegetación, cultivos y un sinnúmero de quebradas que serpenteaban a lo largo y ancho de ella.

Cantarín inició su recorrido por ese tranquilo territorio de Dios y a medida que avanzaba crecía cada vez más, al igual que lo hacen los niños cuando están bien alimentados.

A veces sentía que le hacían cosquillas, pues había lugares muy ricos en suelos y vegetación que lo absorbían y le quitaban las fuerzas. Cantarín sabía esto y no se preocupaba, ya que más adelante muchas quebradas y riachuelos se le unirían para vigorizarlo.

Cantarín continuó su viaje feliz por entre la espesa y exuberante vegetación, reptando sobre el lecho arenoso caliente que había dejado el verano anterior. Describió un amplio semicírculo y llegó a una refrescante ciénaga de aguas frías. Al entrar en ella sintió calambres; entonces para no dejarse entumir de las gélidas aguas se sumergió hasta el fondo en donde los peces retozaban tranquilos. Ya se había acomodado en el lugar cuando escuchó un chapoteo; parecía que un niño

